HARLEQUIN™

Bianca™



Amor en Venecia

Natalie Rivers

Amor en Venecia

Natalie Rivers



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Natalie Rivers. Todos los derechos reservados.
AMOR EN VENECIA, N.º 1867 - septiembre 2011
Título original: The Salvatore Marriage Deal
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-763-1
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

LILY tiritaba en la parte trasera del taxi de agua mientras recorría el neblinoso canal veneciano. El frío y la humedad atravesaban su chaqueta de ante, helándola hasta los huesos, pero agradecía el aire fresco. Hacía más calor dentro de la cabina de madera del taxi, pero no había bastante aire y el movimiento del barco la mareaba. Últimamente todo la mareaba, pero al fin sabía por qué.

Estaba embarazada.

Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Embarazada.

¿Cómo iba a decírselo a Vito?

Llevaba viviendo con él cinco meses, y durante ese tiempo había sido el amante más asombroso y atento que podría haber imaginado. Pero siempre había sabido que para él no era más que una relación temporal.

Vito le había prometido exclusividad desde el primer momento y, a cambio de su fidelidad, había exigido lo mismo de ella. Pero siempre había dejado claro que era una relación sin futuro. No habría compromiso a largo plazo y, categóricamente, nada de niños.

Pero ella estaba embarazada de ocho semanas. Lo que había empezado como una gastroenteritis se había convertido en náuseas matutinas. Probablemente

la gastroenteritis había sido la causa de que fallara la píldora.

Se estremeció de nuevo y miró su reloj. Vito estaría esperándola en el *palazzo*, para saber qué le había dicho el médico. Llegaría a casa en unos minutos.

De repente, a pesar de su aprensión con respecto a darle a Vito la noticia, se encontró deseando estar con él. Un bebé podía no entrar en sus planes, pero ella no se había quedado embarazada a propósito. Vito lo entendería. Era un hombre rico y poderoso, acostumbrado a que las cosas fueran como él quería, pero era razonable. Se sorprendería, incluso molestaría, pero estaba segura de que cuando tuviera tiempo de absorber la noticia, todo iría bien.

Ella siempre había deseado tener familia y, la verdad, no se le ocurría nadie a quien prefiriera como padre de sus hijos. Era un hombre de negocios influyente y con éxito, pero también había visto su lado tierno. No rechazaría a su propio hijo sólo porque no hubiera entrado en sus planes.

El taxi de agua se detuvo ante la puerta del *palazzo*. La niebla apagaba los sonidos de la ciudad y Lily sólo oía el golpeteo del agua contra los escalones de mármol. Pagó al conductor y aceptó su ayuda para bajar del barco. Vito salió para darle la bienvenida.

Ella se quedó sin aire y titubeó en el escalón superior, absorbiendo la perfección masculina de Vito Salvatore, su amante.

Medía más de uno ochenta, era ancho de espaldas y se movía con la gracia y fuerza de un atleta. Tenía el pelo negro y ondulado, peinado hacia atrás, dejando a la vista su frente y su bellísimo rostro.

Se había preguntado con frecuencia si llegaría a superar lo increíble que era. Daba igual que él hubiera estado de viaje de negocios unos días, o que hubieran estado separados unos minutos, cada vez que lo veía su corazón se aceleraba y se tensaba de excitación. Tras conocerlo durante diez meses y vivir cinco con él, seguía apabullándola lo maravilloso que era estar con él.

–Por fin has vuelto –Vito la acarició con sus ojos azules, se acercó y la rodeó con los brazos.

–Mmm –Lily se acurrucó contra su pecho y apoyó la mejilla en el aterciopelado suéter negro de cachemira. Inspiró con fuerza, inhalando su aroma. En sus brazos se sentía segura, mucho mejor. Las náuseas que había tenido en el taxi se convirtieron en algo del pasado.

–He intentado llamarte –Vito alzó su rostro y le dio un beso suave–. Pero vi que te habías dejado el teléfono en el dormitorio.

–Lo siento –Lily miró su atractivo rostro. Como siempre, su beso tenía el poder de hacerle olvidarlo todo–. Me olvidé de cargar la batería.

–¿Estás bien? –Vito agarró sus manos–. Estás pálida y fría. Entra y siéntate. ¿Quieres beber algo caliente?

–Me apetece más un vaso de agua fría –contestó Lily, dejando que Vito la guiara al estudio. Después se pasó los dedos por el pelo, volviendo a sentir aprensión. Por fin sabía por qué habían dejado de apetecerle el café y el té, y tendría que decírselo a Vito.

–Creía que Carlo iba a llevarte a la consulta –dijo Vito, mientras ponía hielo y agua mineral en un

vaso–. No me gusta que utilices taxis públicos, sobre todo cuando no te encuentras bien.

–Estaba bien –lo tranquilizó Lily–. Pensé que así andaría un poco, el aire fresco me sienta bien.

–Si hubiera sabido que no irías con Carlo, te habría acompañado yo –dijo Vito, rodeando su cintura con un brazo y llevándola hacia el sofá que había junto a la ventana–. No sé cómo me convenciste para que no cancelara la reunión.

Lily volvió a pasarse la mano por el largo pelo rubio mientras se sentaba. La humedad había hecho que se rizara. Era ridículo preocuparse por su aspecto en ese momento, pero la enormidad de la situación la llevaba a concentrarse en cosas sin importancia.

–¿Qué ha dicho el médico? –preguntó Vito, mirándola con preocupación. Su rostro acorazonado estaba increíblemente pálido y bajo sus expresivos ojos color avellana había profundas ojeras–. ¿Necesitas tomar antibióticos?

–No –contestó Lily. Volvió a pasarse la mano por el pelo y Vito reconoció el gesto de nerviosismo. Con el tiempo se había acostumbrado a su lenguaje corporal, pero no podía imaginar por qué estaba nerviosa.

–¿Qué tienes entonces?

El temor de que fuera algo grave lo atravesó como una flecha. Se arrodilló a su lado y agarró sus manos. Pensar que Lily estuviera enferma era insoportable.

–¿Qué ha dicho el médico? –presionó–. ¿Tienes que hacerte más pruebas?

–No –Lily lo miró y titubeó. Su cejas se habían juntado creando dos arrugas verticales entre sus ojos. Volvió a maravillarla el increíble color azul cielo que

hacía que se sintiera como si hubiera llegado el verano, en vez de una primavera fría y húmeda.

Estaba preocupado. Debía decirle la verdad.

–Estoy embarazada.

Lily no estaba preparada para lo que ocurrió a continuación. Había esperado sorpresa, incluso enfado. Pero *no* ese dramático cambio en su expresión…, como si sus rasgos se volvieran duro y frío acero. Ni la brutalidad de sus palabras.

–Haz el equipaje –se levantó de un salto y soltó sus manos como si no soportara tocarla–. Y sal de mi casa.

Capítulo 2

LILY abrió los ojos, miró el reloj adormilada y maldijo. Era tarde.

–¿Aún no estás levantada? –preguntó Anna, ya vestida para el trabajo y acercándose desde la cocina americana–. Creí que tenías esa presentación esta mañana. Ya sabes…, la que puede decidir tu futuro.

–Sí, es a las nueve –Lily se sentó en el sofá. Le agradecía mucho a su amiga que la hubiera acogido cuando Vito la echó, pero ese sofá no era especialmente cómodo para dormir.

–Dios, tienes un aspecto horrible –dijo Anna–. Creía que las náuseas matutinas sólo duraban las primeras semanas.

–Eso creía yo –Lily se movió e inspiró lentamente, intentando controlar su estómago.

–Toma –Anna puso un vaso de leche en la mesita de café–. Que tengas suerte esta mañana –le deseó, ya camino de la puerta.

Lily tomó un sorbo de leche. Estaba fresca y le asentó el estómago lo suficiente para poder darse una ducha rápida y prepararse para el trabajo. Era una suerte que Anna hubiera recordado que una de sus colegas decía que la leche había sido milagrosa para controlar las náuseas durante su embarazo.

Cuarenta y cinco minutos después, Lily bajó de un

taxi que no podía permitirse y, parada en la acera londinense, miró el imponente edificio de acero y cristal que era sede de Empresas L&G. Era una compañía subsidiaria del imperio Salvatore, y se estremeció al pensar que Vito pudiera estar dentro. Pero si hubiera creído, ni siquiera un momento, que él podía estar cerca, no habría accedido a hacer la presentación.

Tomó aire, aferró el asa del pesado maletín y entró al edificio. Un rizo rubio bailó ante sus ojos y se lo puso detrás de la oreja. Por falta de tiempo, se había conformado con recogerse el pelo en la nuca, pero ya empezaba a demostrar su rebeldía.

Era importante tener éxito esa mañana. Aún no había encontrado el trabajo fijo que necesitaba desesperadamente. Si tenía suerte, ése sería su día. Su antiguo jefe de la empresa de programas informáticos en la que había trabajado antes de conocer a Vito, le había ofrecido una oportunidad, como favor personal. Si podía venderle a Empresas L&G su programa de conferencias por web, le pagaría comisión y le buscaría un puesto fijo.

–¿No fue Suzy Smith quien hizo la oferta? –había preguntado Lily, pensando en la atractiva morena que había ocupado su puesto cuando ella renunció para trasladarse a Venecia con Vito.

–Cierto –había concedido Mike, su antiguo jefe–. Pero, la verdad, Lily, ella fracasaría. Empresas L&G es dura de pelar. Créeme, Suzy se alegrará de que hagas tú la presentación, incluso intentó convencerme de que me encargara yo.

–¿Y por qué no lo haces? –Lily había sonreído, comprendiendo que estaba arriesgando un posible empleo al decirlo.

–Porque tú eres mejor –había contestado Mike con toda sinceridad. Aunque era un genio de la programación y su empresa era un éxito, las ventas no eran su fuerte–. Tú sabes lo que haces –le entregó todos los documentos necesarios para la presentación–. Y no dejarás que esos ejecutivos estirados te hagan perder el norte.

Así que allí estaba, entrando en las oficinas de una empresa de Vito Salvatore, el hombre que la había echado a las calles de Venecia, como si fuera basura, por haber cometido el error de quedarse embarazada.

Habían pasado seis largas semanas desde ese aciago día de marzo, pero Lily seguía atónita por cómo la había tratado. La había asombrado su suerte por estar con un hombre tan maravilloso y había creído que todo iba bien entre ellos. Hasta descubrir, de la peor manera, que no era en absoluto maravilloso, cuando la abandonó sin pensarlo en el momento en que necesitó su apoyo.

Hizo un esfuerzo para enterrar los recuerdos de Vito y de cómo la había tratado. Se concentró en la tarea que tenía entre manos, fue al mostrador de recepción y dio sus datos. Así había conseguido sobrevivir las últimas seis semanas, negándose a pensar en la brutal traición de Vito, hacia ella y a su bebé.

No tenía otra opción. Necesitaba mantener la cordura porque necesitaba un trabajo para crear un hogar para ella y para su bebé.

–La esperan –dijo la recepcionista sin sonreír, entregándole un pase de visitante–. Samuel la llevará a la sala de reuniones.

–Gracias –Lily sonrió y se puso la tarjeta en la so-

lapa del traje de lino color marfil. Vio que un joven de cara seria se acercaba y supuso que era Samuel.

Lo siguió hasta el ascensor, subieron a la planta ejecutiva y él la condujo a la sala de reuniones.

Vito había descrito Empresas L&G como uno de sus negocios menores. Pero la sala de paredes de cristal, con una enorme mesa con sobre de cristal ahumado y sillas de cuero negro no daba la impresión de algo en absoluto menor.

Acababa de acomodarse cuando oyó una voz.

–La señorita Smith, ¿supongo?

Lily esbozó una sonrisa radiante y giró para ver a un hombre bajo y casi calvo vestido con un traje oscuro. Lo reconoció por su foto en la página web de la empresa: era el director de Comunicaciones.

–Lily Chase, de hecho –dijo, ofreciéndole la mano–. Encantada de conocerlo, señor D'Ambrosio.

–Parece que han decidido echar el resto, ¿eh? –sonrió D'Ambrosio, sujetando su mano más del tiempo estrictamente necesario.

–Podría decirse eso, supongo –sonrió Lily. Una de las reglas más importantes en tratos comerciales era aparentar una gran confianza, incluso ante una pulla. Retiró la mano y controló el deseo de limpiársela en la falda–. Empresas L&G es, potencialmente, un cliente muy importante, y yo tengo la experiencia necesaria para explicar nuestro producto en detalle.

–Hum –D'Ambrosio no pareció en absoluto impresionado–. Empecemos entonces –dijo, sentándose ante la enorme mesa de cristal mientras un grupo de ejecutivos entraba en la sala. Una mujer, que lucía unos tacones altísimos, hablaba por el móvil con voz alta e insistente. Otro, un joven de poco más de

veinte años, se sentó, abrió el ordenador portátil y empezó a consultar su correo electrónico.

Lily miro al grupo, preguntándose si debía dejar que la mujer concluyera su llamada antes de empezar. Era un grupo arrogante y había aprendido a no esperar mucha cortesía de ese tipo de gente; si no captaba su atención rápidamente, pronto estarían todos hablando por teléfono o mirando sus ordenadores.

–¿A qué espera? –ladró D'Ambrosio–. No tenemos todo el día.

Lily enderezó los hombros, sonrió y empezó su presentación.

Vito Salvatore atravesó el edificio con un humor de perros. No podía quitarse de la cabeza su última visita a su abuelo.

Giovanni Salvatore siempre había sido importante en su vida, cabeza de familia, modelo a seguir y, sobre todo, una figura paterna cuando los padres de Vito murieron en un accidente.

Pero en la actualidad era un hombre enfermo que se aferraba tenazmente a sus últimos meses de vida.

–Hazme feliz antes de que muera, Vito –había dicho Giovanni.

–*Nonno*, sabes que haría cualquier cosa por ti –Vito se había sentado a su lado y agarrado la frágil mano del anciano. Lo había asustado notar la debilidad y temblor de sus dedos.

–Dime que mi apellido no se perderá.

Vito había apretado la mano de su abuelo, pero había sido incapaz de hablar. Sabía lo que le pedía, pero no podía hacerle una promesa que no cumpliría.

–Tienes treinta y dos años. Es hora de que te asientes –había afirmado Giovanni–. Vas de mujer en mujer como si nada, pero tienes que parar y pensar en el futuro. Tengo los días contados. Antes de morir, quiero saber que mi bisnieto está en camino.

Cito se había levantado para mirar los barcos que navegaban en el Gran Canal. Su abuelo era testarudo. A pesar de su mala salud, se había negado a abandonar el *palazzo* barroco, en una de las zonas más céntricas y bulliciosas de Venecia.

Había sido su hogar durante más de setenta y cinco años, y decía que el ruido constante de turistas y comercios no lo molestaba, que lo que acabaría con él sería que lo llevaran a una de las fincas rurales de la familia, en las afueras. Y lo cierto era que a Vito le gustaba tenerlo en la ciudad y supervisar su tratamiento médico.

Tenía la esperanza de que pudiera vivir en casa hasta el final. Sin duda, su fortuna cubriría los costes médicos necesarios para atenderlo.

–Todo irá bien, *Nonno* –le dijo, dándole un afectuoso beso en la mejilla. No podía partirle el corazón diciéndole que el linaje Salvatore acabaría con él.

Dejó de pensar en eso y siguió paseando por los pasillos enmoquetados de la planta ejecutiva, inconsciente de que su expresión asustaba a todos los que se cruzaban con él. No estaba de humor para tratar con los directores de Empresas L&G, pero aun así asistiría a la reunión de junta directiva.

De repente, se detuvo y contempló la sala de reuniones a través del cristal, sin dar crédito a sus ojos.

Lily Chase.